

Reseña

Hacer mundos: el nombrar y la significatividad, de Freddy Santamaría Velasco

Maicol Mazo Gaviria*

Es también muestra de su erudición que a cada palabra y expresión se le *escuchen* ecos en la historia del pensamiento. No solamente es la cantidad de citas bibliográficas puestas en sus libros la que da cuenta de esta cualidad. Una vez más, Bertrand Russell (2016), despliega su conocimiento teórico del mundo. Esta vez lo hace a partir de uno de los libros que no aborda directamente su importante legado en el desarrollo de la lógica moderna, *La conquista de la felicidad*, donde más bien resalta el cambio hacia la moderación que experimentó el héroe moderno. Cuando esa era su principal virtud en su época clásica, la de los siglos XIX y XX, debido a la influencia del romanticismo y la Revolución francesa, lo acompañó el desenfreno propio de las pasiones destructoras y antisociales.

Análogamente, el intelectual —que, como el héroe, es un gran *influenciador* social y para muchos, aunque solo sean sus colegas y estudiantes, se toma como la figura heroica misma— actualmente encarna cualquier cantidad de características en su personalidad menos las asociadas al equilibrio griego que resalta el filósofo inglés. En su libro *Hacer mundos: el nombrar y la significatividad* (2016), Freddy Santamaría Velasco, profesor e investigador en el amplio y riguroso ámbito de la filosofía, se ocupa de manera particular del significado de los nombres en el mundo de la ficción. Y en general se compromete con un exhaustivo recorrido por los autores que

* Estudiante de la Maestría en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia (Medellín).

constituyen la columna vertebral de la filosofía analítica, a saber, Frege, Russell, Wittgenstein, Strawson, Searle, Putnam y Kripke.

En este sistemático trasegar teórico, además, Santamaría muestra el papel del intelectual, específicamente del filósofo, contrario al aludido, en estudios que involucran dar y pedir razones, valorar el lenguaje ordinario por encima del *lógico-ideal*, resaltar el seguimiento de reglas para la realización de una práctica de vida en comunidad, usar el lenguaje social-público en desmedro de su implementación privada, que crea oscuridad en la comunicación, y dar lugar a la coherencia como criterio de diversidad. Todo lo cual haría posible, entre otros desarrollos académicos, resaltar lo ficticio como un mundo con sus propias reglas en lugar de condenarlo al cuarto trasero de lo no racional —ya que, pese a no tener referente material que lo valide como verdadero en términos de Russell o los *referencialistas*, tiene significado y se puede aludir—.

La obra en consideración consta de cuatro capítulos claramente diferenciados y desarrollados a partir de una estructura transparente, didáctica y rigurosa. Como propio es del pensamiento wittgensteiniano, al cual se recurre constantemente, el lenguaje utilizado para escribir responde con suficiente claridad a las constantes cuestiones que atraviesan el texto. Como al principio, que se pregunta: “¿Qué pasa con aquellas oraciones igualmente significativas que carecen de referente (*Bedeutung*)?” (p. 51). Y se responde: “Según Frege, la referencia de una proposición es su valor de verdad: la referencia de todas las proposiciones verdaderas es lo verdadero y las referencias de todas las proposiciones falsas es lo falso” (p. 51). Así mismo, en las líneas finales del libro se sostiene este espíritu crítico. Al plantear la *seria* posibilidad de un mundo de ficción para los nombres que tienen esta misma característica, se interroga varias veces y con diferentes términos: “¿Cómo es posible que se pueda hablar de tales entes de ficción si no cuentan con referencia alguna?” (p. 267). La respuesta se extiende a autores como Umberto Eco, Gabriel García Márquez y John Ronald Reuel Tolkien, entre muchos otros, que en conferencias, libros y ejemplos justifican la existencia de un *mundo 3*.

Justamente, los ejemplos que aparecen en una parada conceptual con cierto grado de dificultad le conceden un carácter didáctico a la obra. Si por didáctica se entiende,

como diría Klafki (1991), un “complejo total de las decisiones, presuposiciones, fundamentaciones y procesos de la decisión sobre todos los aspectos de la enseñanza” (p. 86), *Hacer mundos: el nombrar y la significatividad* enseña incluso a quien no es versado en filosofía analítica. Entre otras, la oración “El actual rey de Francia es calvo” y los múltiples análisis lógicos a los que fue sometida para tratar los argumentos de los clásicos de la analítica, Frege y Russell; el pasaje de “El jardín de los senderos que se bifurcan” de Borges para aludir a las teorías *descripcionistas* y de la *referencia* que sostienen de los mencionados autores; la alegoría del *racimo* para explicar la importancia de contar por lo menos con una *descripción identificadora* para conocer el significado de un nombre propio desde John Searle.

Así mismo, hacer alusión a Benjamin Franklin, Richard Nixon, inventor de los lentes bifocales y trigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos, con el fin de hacer clara la distinción entre *designador rígido* y *designador no rígido-accidental* en Kripke; los mundos M_1 y M_2 , uno con un vaso lleno de H_2O y otro de XYZ para poner el significado del nombre propio en el referente y no en la cabeza de alguien, a partir de Putnam; la famosa metáfora del escarabajo en la caja, de Wittgenstein, con el propósito de recusar el uso del lenguaje privado, o la historia que antecede al desarrollo de los hechos en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, contada desde que a las manos del escritor fue a parar un manuscrito del siglo XVI encontrado en la abadía de Melk, para darle verosimilitud a lo que luego relató acerca de Adso y su maestro Guillermo en los recovecos y vericuetos de dicha abadía. Todo ello muestra la intención de enseñar que está presente en el texto porque saca a flote la decisión de reconstruir el proceso de formación y consolidación de la filosofía analítica para que sea conocida por quienes apenas se acercan a ella. Idea que queda más clara si se toma en cuenta que un conector que aparece recurrentemente a lo largo del libro es *conclusión*, con el ánimo de recoger lo expresado hasta el momento, tal y como si se tratara del inicio de una clase en el preciso instante en que el profesor dice: “Como vimos en la sesión anterior...”.

Por su parte, el rigor de Freddy Santamaría en la exposición de los argumentos se hace evidente no solo en la lectura directa de autores como Frege, Russell, Searle y Wittgenstein, sino en el estudio que hace de sus comentaristas, como Stroll, Modesto Gómez y Alfonso García, entre otros. Igualmente, esta actitud de investigar se pone de manifiesto en el seguimiento cercano que hace de los autores base y la evolución

de sus ideas. Esto es particularmente notorio con Russell y Wittgenstein. Del filósofo inglés rescata tanto el hecho que lo acercó a Meinong, aseverar que los nombres son etiquetas que se pegan a los objetos que carecen de intensión, como aquello que lo distanció, no aceptar que los nombres ficticios pertenecen a la categoría de nombres propios porque no tienen referente. De igual forma rastrea la transformación que hizo Russell de sus teorías de las descripciones, dentro de las cuales inicialmente dijo que todo objeto particular que existiera tendría correspondencia con un nombre propio. O sea, “Napoleón” o “Fernando Pessoa” lo serían, pero luego reconsideró esta parte de su enfoque y distinguió entre nombres ordinarios y *nombres lógicamente propios*. A partir de allí replanteó y dijo que los anteriores no son nombres propios porque al objeto de ellos no se puede acceder directamente. Como más tarde diría, los *verdaderos nombres propios* serían solo aquellos a cuyo referente se llega por medio de los datos de los sentidos.

Semejante manera de proceder es aplicada por Santamaría a Wittgenstein. En un primer momento, amparado por la publicación del *Tractatus logico-philosophicus* y fiel a Russell, el filósofo austriaco se suscribió al pensamiento que defiende un lenguaje lógicamente perfecto y en correspondencia con los hechos del mundo. Posteriormente, contra su maestro, se retractaría por medio de la publicación de *Investigaciones filosóficas* y concebiría al lenguaje como fruto del uso en un contexto determinado en cuanto a su significado —desde donde, por demás, se establecería lo válido, inválido, correcto o incorrecto de su práctica—.

Lo anterior en relación con la forma. Sintéticamente el contenido del libro inicia con los pioneros de la filosofía analítica: Frege y Russell. Del primero se subraya la diferencia que hace entre referente (*Bedeutung*) y sentido (*Sinn*), concepto este último que se liga al pensamiento, pero no establece el significado del nombre. Este depende del conjunto de sentidos que se adscriban a él, es decir, propiedades, relaciones y descripciones. Acerca del filósofo inglés, como se advertía antes, se desmenuza el *atomismo lógico* con su origen y subsiguiente modificación, planteamiento que *grosso modo* defiende un lenguaje lógicamente perfecto donde el nombre sea idéntico reflejo de lo nombrado. De ambos filósofos del siglo xx se mencionan algunos datos biográficos, por ejemplo, los que ponen al filósofo alemán como el precursor de la filosofía analítica y refundador, después de Aristóteles, de la lógica.

Consecuentemente, con base en los primeros pensadores analíticos, se presenta la *bifurcación* de esta rama de la filosofía. Aparecen aquí las teorías *descripcionistas* con Strawson y Searle, en gran medida influenciados por Frege, y las *teorías de la referencia* con Kripke y Putnam a la cabeza, quienes desde el nombre dado a sus postulados vaticinan el apego a la propuesta russelliana. En contraposición a Russell, Strawson señala que el significado de una oración o expresión depende de su uso, y que la verdad está ligada a lo que pueda hacer la persona usuaria pues, para este pensador, el lógico inglés cometió un gran error al no diferenciar entre la oración, su uso y su expresión. Con respecto al otro *descripcionista*, Searle, sobresale la identidad que le da al nombre propio comparándolo con un perchero, o a modo de un *racimo* del que cuelgan una serie de descripciones entre las cuales hay algunas que son *identificadoras* y que requieren de algún tipo de conocimiento empírico para confirmar el nombre.

Al igual que Russell, el primero de los *referencialistas* al que se alude, Kripke, piensa que los nombres se agotan en la referencia del objeto sin necesidad de descripciones que configuren la intensión, como se podría afirmar a partir de Frege y los *descripcionistas*. Es más, el russelliano hace la distinción entre *designadores no rígidos o accidentales*, como las descripciones, y *designadores rígidos*, nombres propios que siempre refieren a lo mismo sin importar el contexto. Bajo el amparo de esta lógica, sin importar la circunstancia, el nombre propio designa lo mismo porque tiene una *estructura profunda* que lo hace inalterable. Una conclusión a la que se llega *a posteriori*.

Con invariable sentido está el planteamiento de Putnam. El lugar privilegiado que le concede al referente lo lleva a condenar dos tesis: que el significado de un término depende de cierto estado psicológico y que es aquel el que determina al referente. En línea con esta perspectiva, la extensión de un término no está supeditada al estado o la circunstancia de un individuo. El referente de un nombre es designado socialmente por parte de una comunidad lingüística con funciones claramente diferenciadas entre sus miembros. Al mejor estilo de una fábrica, para Putnam *la naturaleza real* de las cosas tiene que dejarse en manos de especialistas. La gente del común tendría suficiente con alguna información y competencia básica para desenvolverse en comunidad.

En una clara apuesta por la más plural de las teorías expuestas, la *descripcionista*, que no se cierra al referente para determinar todo en cuanto al nombre, sino que se abre a prácticas diversas, llega el profesor Freddy Santamaría al segundo Wittgenstein, el de *Investigaciones filosóficas*. En esta etapa del pensador austriaco el significado del nombre toma un sentido eminentemente social. Es propio de esta propuesta ampliar la concepción del lenguaje más allá de las palabras, como actos. Con la claridad *empuñada en la mano* y el apoyo de Wittgenstein, se afirma que el lenguaje es una práctica que se da en un universo lingüístico concreto donde se establecen criterios de validez, invalidez, corrección o incorrección que respaldan o no la implementación del lenguaje. Esto implica que al nombre no le falta intensión, como mantendrían en pie las tesis de Russell y sus seguidores, y que el significado del nombre no está en el conjunto de descripciones que se hagan, como se leería a partir de Frege. Desde esta óptica el significado de un nombre se da gracias a su uso en un contexto determinado.

Todo esto para llegar al significado de los nombres de ficción. Si se recorrió con las debidas pausas este largo camino fue para establecer las coordenadas exactas donde puedan hallarse los nombres sin referente, como los ficticios, y aun así con existencia. Tal como se da la formación de un campo autónomo de conocimiento —la estética, por ejemplo—, Freddy Santamaría afronta la ficción. Para que se le diera reconocimiento a lo estético como forma independiente de conocer fue necesario que a la propuesta de *claro y distinto* de la razón cartesiana se le opusieran la de *claro y oscuro* de Leibniz, más la diferencia entre *lógica naturalis* y *lógica artificialis* de Wolff. En pocas palabras, fue de este modo como Alexander Baumgarten pudo conformar la figura del *cognitio sensitiva*, la del conocimiento sensible, como forma válida de enterarse del mundo (Sánchez, 2013, p. 9). Paralelamente, una vez confrontadas las tesis *referencialistas* y después de encontrar afinidades con la tesis teórica de los *descripcionistas*, el filósofo colombiano, de la mano de las ya mencionadas fuentes, concede a la ficción el estatus de universo lingüístico despreciado por todo aquel que no sabe *jugar* sus reglas y que, por ende, toma un nombre ficticio y lo pone en el mundo real para exigir un ejemplar que lo apoye.

Una posición así asentada menosprecia la fantasía por ser contraria a la razón. Olvida quien así piensa que lo fantástico, patrón de funcionamiento de la ficción, conlleva un alto grado de desarrollo de lo racional puesto que solo se puede jugar con las reglas de lo existente cuando se conocen por completo. Hay que conocer muy bien

la mano para después formularse preguntas sobre su existencia, se diría siguiendo a Wittgenstein. Necesario es que para la significatividad del nombre de ficción este se use en un contexto donde el autor del libro literario, por ejemplo, esté en la misma sintonía del lector para que sincronicen la misma frecuencia de existencia de los mundos posibles que son creados por las inagotables interpretaciones del arte y sus manifestaciones, como la literatura y la pintura.

Como pudo verse, los argumentos presentados hasta aquí tienen valor intrínseco suficiente para la estructuración de un texto que va a la imprenta y goza de considerable difusión en la academia, pero cuyos alcances van más allá del cumplimiento de una serie de requisitos para publicarse y ser leído. A nivel disciplinar y académico impacta con novedad. En lo tocante a la filosofía, concretamente la analítica, *Hacer mundos: el nombrar y la significatividad* se instala con propiedad en la tradición del conocimiento filosófico, toda vez que, por un lado, entabla una relación dialéctica con sus autores más importantes: repasa con precisión sus ideas y las críticas que se hacen entre sí; discrepa y establece acuerdos con ellos. Por otra parte, porque le da vigencia al *mundo analítico* desde una lectura pragmática de Wittgenstein con el rediseño de problemáticas como la significatividad de los nombres de ficción. En cuanto a la academia latinoamericana se refiere, sin duda alguna Santamaría, como se decía en líneas precedentes, traza un derrotero diferente para la labor del filósofo, más abierto y dinámico que cerrado y solitario. Y adicionalmente, con su invitación a pensar en otros mundos con otras reglas cumple a cabalidad con el pronóstico que hace Alejandro Tomasini (1999): las condiciones para que se dé la auténtica filosofía analítica están en Latinoamérica.

Se trata, en suma, de un trabajo investigativo flexible con respecto al propósito y la trascendencia de su propuesta. Situación que otorga algunas licencias para su abordaje, como que a él se puedan aproximar tanto noveles en filosofía analítica como expertos en esta materia. Los dos tipos de lectores encontrarían material académico suficiente para iniciarse o profundizar en el tema pues, como se vio, a la par que se introduce en los planteamientos establecidos por los estudiosos de la analítica, se avanza en la producción de nuevo conocimiento. Con la lectura de este libro, finalmente, se asiste a la presencia de un trabajo de un autor que, aunque wittgensteiniano declarado, no por eso es partícipe de la omisión de otras fuentes que aportan miradas diferentes a la problemática de la que se ocupa.

Referencias

- Klafki, W. (1991). Sobre la relación entre didáctica y metódica. *Revista Educación y Pedagogía*, 5, 85-108.
- Russell, B. (2016). *La conquista de la felicidad*. Barcelona: Debolsillo.
- Sánchez, M. (2013). La teoría de los tipos de representación en Leibniz y sus principales influencias en la estética y la lógica de la Ilustración alemana. *Cultura*, 32, 271-295.
- Santamaría Velasco, F. (2016). *Hacer mundos: el nombrar y la significatividad*. Bogotá: Universidad Santo Tomás / Universidad Pontificia Bolivariana / Siglo del Hombre.
- Tomasini, A. (1999). ¿Qué fue la filosofía analítica? *Analogía Filosófica*, 13(2), 35-58.